

Bestias, espacios y fábulas de lo extraño

GennaRose Nethercott



Para la gente otoñal.
¡Benditos sean los huesos!



ÍNDICE

Atardecer en la escalera eterna	11
Abecedario de adivinación	29
El niño de hilo	45
Mandíbula de zorro	51
La guerra de la Niebla	65
Lecciones de ahogamiento	79
La matanza de otoño	97
Bestiario sentimental	105
Una azucena es una azucena	187
Querida Henrietta	201
Posesiones	211
Hogareña	227
El calendario encantado	243
Las ciruelas del fin del mundo	249
Agradecimientos	267

ATARDECER EN LA ESCALERA ETERNA

No está permitido acceder a la Escalera Eterna después de las ocho de la tarde.

No está permitido introducir comida ni bebida del exterior en la Escalera Eterna.

No está permitido el uso de zapatillas de suela negra, zapatos de tacón alto ni chanclas en el interior de la Escalera Eterna.

No se admiten perros.

(Es verdad que antes sí que los dejábamos entrar, pero dejamos de hacerlo porque la mayoría acababan cagándose dentro.)

En caso de experimentar una sensación de mareo en el interior de la Escalera Eterna, avise de inmediato a un miembro del personal. Puede identificar al personal de la Escalera Eterna por sus polos de color azul, viseras también azules y nuestras chapas oficiales con el lema: «¡Tenga cuidado con el escalón!».

(No interactúe con ningún miembro del personal que no lleve puesta nuestra chapa oficial. Es probable que se trate de un repudiado. Los repudiados pasaban demasiado tiempo en la Escalera Eterna y tuvimos que pedirles que se fueran. Aun así, siguen volviendo. No sabemos cómo deshacernos de ellos. Tampoco son de gran ayuda.)

Está totalmente PROHIBIDO CORRER en la Escalera Eterna. Correr en la Escalera Eterna es un delito penal y está castigado por ley.

Nunca permanezca en la Escalera Eterna durante más de tres horas seguidas.

No descienda más allá de las cintas amarillas con el mensaje: «¡Vuelva sobre sus pasos!».

Bienvenido a la Escalera Eterna y recuerde: ¡Tenga cuidado con el escalón!



June trabajaba en el turno de tarde. Harebell trabajaba en el turno de noche. Sus turnos se solapaban durante tres horas al atardecer porque era muy ajetreado y requería de personal adicional. Los tonos lila, coral y ópalo del cielo se reflejaban en las baldosas azules que recubrían las escaleras, fusionándose en destellos de luz oscura y multicolor. Durante el atardecer, los visitantes eran más propensos a tropezar en la Escalera Eterna, también se tiraba más basura y era cuando June y Harebell podían escabullirse con más facilidad entre la multitud para beber brandy de la petaca de Harebell detrás del puesto de perritos calientes.



—¿Qué preferirías? ¿Tener pestañas en lugar de dientes o trabajar aquí para siempre?

—¿Podría arrancarme las pestañas o ponerme una dentadura postiza?

—No.

—¿Habría más personas como yo? ¿Existiría una comunidad de personas que tuvieran pestañas en lugar de dientes?

—No. Serías la única persona.

—Bueno, aun así, prefiero esa opción.

—A ver, tampoco sabemos con certeza que las cosas sean mejores en otros trabajos.

—Lo sé.

Harebell se rascó la oreja con una horquilla y luego la utilizó para recogerse un mechón de pelo color rosa deslucido. A seis metros de distancia, un niño dejaba caer un vaso de plástico, derramando granizado de color neón por la Escalera Eterna. «Joder», dijo June, levantándose de un salto. Harebell besó sus dedos índice y corazón y los levantó hacia el cielo: «¡Una ofrenda a las profundidades!». June sacó un trapo de la riñonera y se dirigió hacia el charco. Harebell no movió ni un dedo para ayudarla.



La Escalera Eterna consta de un número indeterminado de peldaños de granito azul dispuestos en forma de caracol. Su circunferencia es aproximadamente la de un campo de fútbol. Cada peldaño está recubierto con un mosaico de 1424 pequeños azulejos del mismo color azul, cada uno del tamaño de una uña. La escalera se va estrechando a medida que desciende. Los matemáticos afirman que el estrechamiento gradual de la Escalera Eterna se debe a una ilusión óptica, ya que, en realidad, la escalera no parece tener fin. Nadie ha llegado nunca al final. De hecho, puede que no lo haya; pero si lo hay, queda claro que la propia Escalera Eterna no quiere que nadie lo sepa.



Nadie trabajaba en la Escalera más de un verano. Bueno, casi nadie. A quienes se quedan demasiado tiempo les suceden cosas extrañas. Hastío. Mareos. Pesadillas violentas. Sueños con animales de múltiples cabezas o sin cabeza alguna. Un número sospechoso de caries molares. Corrían todo tipo de leyendas urbanas sobre la Escalera Eterna. De dónde venía. Adónde lle-

vaba. Lo que podía ocurrirte si no ibas con cuidado. June y Harebell pensaban que todo aquello eran tonterías. Puede que lo de los sueños fuera cierto, pero, más allá de eso, todo el mundo acababa dimitiendo en septiembre porque era un lugar horrible en el que trabajar. El gerente, Charlie, llevaba la misma camisa de botones con estampado de cachemira todos los días y llamaba a todas las mujeres «cariño» en lugar de por su nombre de pila. Tenía un terreno al oeste que, según él, era una auténtica mina de oro (aunque todavía no había encontrado ni una sola pepita), y siempre estaba enseñándole a la gente fotos del sitio que guardaba en su teléfono. Pagaba el salario mínimo y ni un céntimo más, y solo contrataba a chicas que le parecían guapas. La mitad de las veces los cheques no tenían fondos y tenía que esperar a que el puesto de perritos calientes acumulara suficiente dinero en la caja registradora para pagar a los empleados.

Luego estaba el problema del trabajo en sí: subir y bajar las escaleras, limpiar manchas de ketchup y de Cheetos o aguantar los gritos de los turistas que amenazaban con una demanda después de golpearse el dedo del pie con un peldaño. En todo caso, se podría haber calificado como un primer trabajo «de formación» si no fuera todo tan sórdido.

Harebell era la excepción a la regla del verano. Mientras que June solo llevaba allí desde que había acabado las clases, Harebell llevaba un año y medio.

—Pero es temporal —insistió, liándose un porro a la sombra del puesto de perritos calientes. Lamió el borde del papel y lo selló—. Me voy a mudar a Portland para abrir un estudio de tatuajes. Me he comprado una máquina de tatuar por Internet y he estado practicando con pomelos. Te hago uno si quieres.

—¿En serio? —dijo June—. ¿Y qué me tatúo?

—Lo que quieras, nena. Lo que quieras. Tengo que practicar y, cuando sea lo bastante buena, me iré de aquí.

Cacahuete Dave asomó la cabeza por el puesto de perritos calientes.

—¿Me haces uno?

Cuando no estaba en el puesto de comida, Cacahuete Dave conducía una furgoneta que llevaba pintado en el lateral: «Récord Guinness mundial de comer mantequilla de cacahuete, 1992». La furgoneta tenía una ranura donde la gente podía hacer donaciones. Aunque Charlie prohibía estrictamente pedirles dinero a los clientes, si quieres un autógrafo, ya sabes, solo tienes que pedirlo y Cacahuete Dave te lo da.

—Claro, D. Pero yo elijo lo que te hago. Y no puedes mirar hasta que haya terminado.

—Solo es piel —dijo—. Y, de todas formas, nos vamos a morir algún día. Como si me tatúas un pene, me da igual.

—Tatúale un cacahuete —dijo June—. O un perrito caliente.

—Algo para que me recuerdes antes de irme. —Harebell le guiñó un ojo.



En el sur de la ciudad había un modesto casino y alguna que otra galería de arte en la calle principal, pero nada destacaba tanto como la Escalera Eterna. La mayor parte de la economía de la ciudad dependía de los turistas que se desviaban de la autopista para contemplar aquella espiral de escalones que se abrían como las fauces de una bestia. Era a la vez el orgullo y la maldición de la ciudad. La estabilidad financiera de sus habitantes dependía de ella, así que tenían que fingir que tenían interés en aquella cosa. Aunque, en realidad, no podría importarles menos. Había tiendas que vendían postales de la escalera, pequeños vasos de chupito con la escalera grabada en el lateral, llaveros con la inscripción «¡Tenga cuidado con el escalón!». Incluso la mascota del instituto era un escalón color azul marino llamado Trip, un rival patético frente a Killer, la ballena; la mascota de la ciudad